

su carro triunfal, sirviendo  
de pompa, hogueras nutridas  
con sangre de hermanos nuestros.  
La piedad y el infortunio  
se refugian en los templos,  
donde vibran como preces  
los suspiros de los pueblos.  
¿Se habrá perdido el aroma  
de los angustiosos ruegos,  
entre el rumor de los hombres  
que mueven guerra al Excelso?  
Aun resplandece una aurora  
sobre la tiara de Pedro,  
dorando con la esperanza  
las tumbas del sufrimiento.  
¡Oh, esparce una gota mística  
de la sangre del Maestro,  
y lavadas nuestras almas  
guía, que al Gólgota iremos!  
Se alzó el Prelado de Roma:  
—«Hijos, esclamó, el averno  
»ha arrojado sus cadenas  
»por la faz del universo.  
»Inmolad vuestros rencores,  
»vestid el cilicio negro,  
»y la segur de la muerte  
»ceñid al flanco guerrero.  
»Vos, don Felipe de España,  
»Dios os llama, acudid presto,  
»la herencia de Covadonga  
»tócaos por fé y por derecho.»  
¡Iremos! los muertos claman  
sus losas estremeciendo,  
y los príncipes repiten  
de la cristiandad ¡Iremos!  
España, Roma, Venecia  
y Austria, el mar cubren de remos.  
¡Dios presida la batalla  
del Coran y el Evangelio!

## II.

7 de Octubre de 1571.

Selim segundo, el caudillo  
de sangre y conquistas ébrio,  
á Ali-Bajá y Barbaroja  
de su audacia aventureros,  
con trescientas treinta y cinco  
galeras, del mar portento,

ordena que le conduzcan  
de toda Europa los restos.  
No han menester mas falanges  
que su espada ambos guerreros,  
ni mas terror que sus nombres,  
ni ponzoña que su aliento.  
Llevan cautivos limando  
con sus lágrimas sus hierros,  
venturosos si otras costas  
recogen su adios postrero.  
En el golfo de Lepanto  
ya ven centellar dispuestos  
los cañones de su patria  
dirigidos á sus pechos.  
En batalla está la flota;  
Doria en el flanco derecho  
con naves y voluntarios  
españoles y extranjeros.  
Las venecianas galeras  
rige á la izquierda Veniero,  
y el núcleo de los navíos  
españoles forma el centro.  
Ricos de ardor y esperanza  
desde Mesina salieron;  
la flor de cuatro naciones  
unió tan sagrado empeño.  
Caudillo aquel don Juan de Austria  
fruto del amor y el genio;  
pues tal padre le dió vida,  
su hermano el rey le dá el cetro.  
Por si la suerte inconstante  
con su desden carga el peso  
de la injusticia, don Álvaro  
de Bazán marcha tras ellos.  
Angustioso el mar respira,  
como un impaciente seno  
de la mayor esperanza  
en el solemne momento.  
Rodando vienen las ondas  
á estrellarse en los maderos,  
donde en girones estienden  
sus sudarios macilentos.  
Ruidos que angustia derraman  
turban horizonte y piélagos,  
y en pos de sus hijos llegan  
todos los ayes maternos.  
La cruz se alzó por bandera  
sobre el castillo soberbio  
de la esbelta capitana,  
entre los himnos de un rezo.

Ya dá el fatal cañonazo  
don Juan, su espada tendiendo  
sobre todas las cabezas  
como un metéoro sangriento.  
Contesta de cien mil voces  
un grito entusiasta, y luego  
se oye el clarín moribundo  
de nave en nave á lo lejos.  
Cruje de la artillería  
el acre rechinamiento,  
balancean los costados,  
sigue un ansioso silencio.....  
.....¡De la eternidad á cuántos  
separa un solo momento,  
y sorberá un mar vertido  
de las fuentes de sus pechos!  
Por las venecianas bordas  
estalla un horrible estruendo;  
la primer nube levantan  
treinta cañones á un tiempo.  
Avanzaba en media luna  
la escuadra infiel; sus lamentos  
muestran en fatal destrozo  
pulverizado un extremo.  
Sin que aquel ímpetu deje  
para responder esfuerzo,  
encarnizadas las iras,  
y las distancias sorbiendo,  
en escuadras divididos  
fatigan bronces y remos,  
y el combate se propaga  
en una zona de fuego.  
Un grande fragor aturde  
como el choque de dos cerros  
vomitados por volcanes  
al saltar de sus cimientos.  
¡Se han cruzado las galeras  
de don Juan y el agareno,  
reventando los cañones  
hierros tapiados con hierros!  
Brama en sus dos muchedumbres  
delirio salvaje, hambriento,  
los garfios del abordaje  
arrojándose á los cuellos.  
Capitana á capitana,  
jefe á jefe, cuerpo á cuerpo,  
como dos atletas luchan  
que se hacen crujir los huesos.  
Más que en torrentes, en trombas  
de ira, de furor, de vértigo,

hasta blanden moribundos  
troncos, de maza sirviendo.  
Dos veces son rechazados,  
y Alí á un asalto tercero  
con voz estentórea empuja  
los tigres de sus desiertos.  
Doria en la derecha osado  
por tres naves se halla envuelto,  
de abordaje y de metralla  
más que rendido, deshecho.  
La Providencia conduce  
entre el plomo á socorrerlos  
un galeon castellano,  
una pantera rugiendo.  
Siente un bravo, ya en la borda  
enemiga y casi dentro,  
la mano con que aferraba  
saltar, partida del cuerpo.  
Y al que va á salvarle, dice:  
«la izquierda fué, diestra tengo,  
»id Gerónimo de Torres,  
»Cervantes no muere de esto.»

.....  
—¡Alá! ¡Alá! entonces resuena  
en la izquierda hácia Veniero,  
donde están Parma y Urbino  
en muerte y terror envueltos.  
Y entre centellas y entre ondas,  
y clamores, y humo denso,  
remolinos tumultuosos  
tragan navíos enteros.  
—«¡Castellanos: en la izquierda  
»van á sucumbir los buenos,  
»victoria en toda la línea  
»por España! ¡A sostenerlos!  
Dijo así Bazán, entrando  
con sus navíos tan recio,  
que la priesa en las descargas  
parece un bramido eterno.

.....  
¿Qué se alza en la erguida entena  
del Almirante? ¿Qué férvido  
clamor de trompetería  
interrumpe el cañoneo?  
—¡La cabeza de Alí!— gritan.  
—¡Alí-Bajá ha muerto!— ¡Ha muerto!  
—¡Viva don Juan! ¡Adelante!  
—¡Virgen! el océano es vuestro.  
Rojo está el mar como el alba,  
de sangre y despojos grueso;

toda la riqueza de Asia  
 le hizo un pantano de cieno.  
 Batida la espuma en polvo  
 el sol turba, inflama el viento,  
 y en un caos se confunden  
 los ástros y los avernos.  
 La derecha avanza, avanza  
 la izquierda, arremete el centro,  
 y don Juan lleva en la proa  
 la señal del escarmiento.  
 Barbaroja huye, sus naves  
 rompen sus naves, corderos  
 que ante el lobo en remolino  
 se matan con su atropello.  
 Otro implacable enemigo  
 vengador se alza en su seno;  
 y los cautivos combaten  
 quebrando su cautiverio.  
 ¡Sol hermoso de la patria:  
 benditos caigan sus besos  
 en los ojos de los libres  
 y en la frente de los muertos!

### III.

*Cantemos al Señor que en la Ulanura  
 venció del ancho mar al trace fiero;*  
 la piedra de David fué su palabra  
 dirigida á la frente del soberbio.  
 Subió la noche tenebrosa al globo,  
 y en redor al sepulcro del Cordero  
 agitaba su túnica y vertía  
 sobre la luz inmarcesible, el sueño.  
 Los fuertes ¿dónde estan? ¡En hecatombe  
 ofrecidos á un ídolo de hierro!  
 De este creciente océano sin playa

¿quién será el dique, quién batirá el puerto?  
 El Húngaro cayó, cayó Dalmacia,  
 Babilonia y Egipto sucumbieron;  
 Salamina arrojó desde sus rocas  
 su llanto al mar, con sus laureles yertos.  
 Clavó ya un pié en Europa el homicida:  
*nuestras vírgenes trae en cautiverio*  
 y le guía una luna que despidе  
 una sulfúrea luz de los infiernos.  
*Puesta en silencio y en temor la tierra*  
*ocuparon del piélago los senos:*  
 primaveras surgidas por la sangre  
 de España y Roma, cubrirán los yermos.  
 ¡Sálvanos Religion! Único oasis  
 celestial que en este árido desierto  
 convida á los cansados peregrinos  
 á reclinar sus corazones huérfanos.  
 ¡Sálvanos muro del eden cristiano  
 que guardan los arcángeles de fuego!  
 Llenó á Jerusalem clamor maldito,  
 y sus jardines el corcel guerrero.  
 ¡Atrás la noche! La pureza emana  
 del virgíneo rosal que brilla en medio,  
 y entre mártires palmas ha crecido  
 Concepcion del Sublime Pensamiento.  
 Contra el hijo profano arma su diestra  
 el Padre, y llama en su redor al trueno;  
 tú, Joven de Austria, vé, tú que al torrente  
*pusiste osado el generoso pecho.*  
*Llorad, naves del mar, que es destruida*  
*vuestra vana soberbia y ardimiento,*  
 y ya en su altar vuestras banderas pisa  
*el que cubrió á Ismael de sangre y miedo.*  
 Ya no son los monarcas de los mares,  
 como Cain, errantes bandoleros  
 fugitivos del Astro que en el golfo  
*los tragó como arista seca el fuego.*

J. C.



ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,  
 LIBRERÍA DE LA VIUDA É HUOS DE D. J. CUESTA,  
 Carretas, 9.

MADRID: 1872.  
 ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA,  
 Rollo, 6, bajo.



## El Cristo del Socorro.

(ROMANCE TRADICIONAL.)

I

Duerme Toledo en la cumbre  
de su gigante montaña,  
cual águila soñolienta  
que en blando nido descansa.

La luna esparce sus rayos  
sobre las toscas fachadas;  
las misteriosas molduras  
proyectan sombras fantásticas.

Y tanto al sueño convidan  
la soledad y la calma,  
que hasta del Tajo se mueven  
con más pereza las aguas.

Junto á una plaza espaciosa,  
desafiando al Alcázar,  
blancos adornos descubre  
de un edificio la entrada.

Mansion de un noble es sin duda  
por su severa arrogancia,  
por sus hermosos calados,  
por su riqueza y sus armas.

Tras de una reja, una niña  
con espresion delicada  
al cielo mira, que el cielo  
es norte de su esperanza.

Dicen que un jóven la adora,  
que todas las noches se hablan,  
que allí se truecan sus cuitas  
en ilusiones gallardas.

Pero que son sus amores  
bálsamo dulce que mata,  
pues, si un Mendoza la quiere,  
un Carbajal le rechaza.

Del tronco de la nobleza  
rivales son las dos ramas,

¿y todo un Dios es preciso  
para que venga á enlazarlas.

.....  
Ya son las doce, y ya ansiosa  
con impaciencia le aguarda,  
y ya tambien á lo lejos  
se ve una sombra que avanza.

Un embozado se acerca,  
junto á la reja se pára,  
y en diálogo cariñoso  
sus corazones enlazan.

—¡Mendoza!

—¡Elvira! ¡Angel mio!

¡Sol que en la tierra descansas!  
Deja que mire en tus ojos  
el fuego con que los bañas.

—Mucho el galan esta noche  
se descuidó, y amor manda  
que, quien bien quiera, no tarda;  
y, quien bien quiere, no tarda.

Y un triste presentimiento.....  
—¿Presentimientos?

—Es tanta  
mi desventura, que á veces  
en sueños mil me acompaña.

Oyeme y juzga: Ayer noche  
á solas con mi esperanza,  
soñé que estaba á tu lado,  
que contemplándote estaba.

Despues de breves momentos  
nos separamos; las auras,  
de tierno amor portadoras,  
nuestros suspiros cambiaban.

Cruzaste la calle; luego  
se oscureció mi mirada;  
del hondo abismo se alzaron  
dos sombras, ó dos fantasmas;

A tí sus brazos tendian,  
quise llamarte, y estática,  
sentí una mano de hierro,  
miré en tu pecho una daga.

Lo que despues ocurriera  
ya no lo sé; con el alba  
se despertaron mis ojos,  
¡sola en mi estancia me hallaba!

—¿Y un sueño infunde temores?

—Un sueño no infunde nada;  
mas si ese sueño algun dia  
árealizarse llegara.....

—¿Qué dices?

—Que yo no quiero  
perderte nunca, y con ánsia  
maldigo tu amor y el mio,  
si de perderte son causa.

—Descuida, mi bien, descuida,  
que quien de noble se jacta  
ni á espectros teme, ni nadie  
le puede robar su dama.

Desecha esas inquietudes;  
tus negros dolores calma,  
y entre sonrisas y halagos  
tus alegrías renazcan.

Dos elocuentes suspiros  
siguieron á estas palabras;  
los intranquilos pesares  
plegaron al fin sus alas.

Y en éxtasis delicioso  
quizás la noche girara,  
á no escucharse de un timbre  
dos notas acompasadas.

Dieron las dos, y sonaron  
en el reloj de sus almas  
como el quejido de un sueño,  
que sus encantos apaga.

Que ya de partir es hora  
lo dicen bien sus miradas;  
que mueren dos ilusiones  
mejor lo dicen dos lágrimas.

Y tras de dulces promesas;  
tras de promesas lloradas,  
en sus adioses postreros  
eterno amor se consagran.

Y al poco rato la calle  
volvió á quedar solitaria;  
mientras Mendoza se aleja,  
Elvira reza en su estancia.

## II

Guarda Toledo una calle  
en cuyo triste sendero  
con blandos sonos se marcan  
del Tajo fiel los acentos.

Allá en el fondo sombrío  
se mira un arco arabesco;  
arco, que enlaza arrogante  
dos edificios modestos.

El uno guarda empotrado  
un crucifijo; á un estremo

pende un farol; tosca piedra  
debajo sirve de asiento.

Junto á una esquina, en voz baja  
discurren dos encubiertos:  
oigámosles, que sus labios  
harán traicion á sus pechos.

—¿Con que esta calle es el sitio  
mas conveniente?

—En efecto.

—¿Y no pudiera esta noche  
tomar un rumbo diverso?

—¿Por qué causa?

—Porque dicen.

que Dios protege á los buenos;  
y francamente, esa imágen  
podiera bien protegerlo.

—¡Trabajo la mando!

—El caso

es que otro Cristo en Toledo,  
de un juramento testigo,  
atestiguó el juramento.

—¡Cuentos de viejas!

—Pues yo

ni lo afirmo, ni lo niego;  
mas corre de boca en boca  
de hidalgos y de plebeyos.

—¡Vanos escrúpulos! sabes  
que se nos paga á buen precio.

—Eso sí.

—Pues lo que importa  
es un buen golpe, y *laus Deo*.

Y si despues nos descubren  
habiendo, quien hay, por medio  
al conservar su cabeza  
las nuestras no corren riesgo.

—Y el amo ¿por qué motivo  
quiere tan mal al mancebo?

—Por los amores.

—¿Amores?

Si fuera un rival, comprendo;  
pero un.....

—¡Silencio!

—Me callo.

—Cautela, cautela, Pedro,  
que á veces oyen las tapias,  
y no es prudente hablar recio.

Torna la calma á sus lábios,  
y en aparente sosiego,  
á cuantas dudas conciben  
responden sus pensa mientos.

La luna, en tanto, resbala  
por el azul de los cielos;  
¡ajo de Dios, que en la noche  
vela del mundo los sueños!

El ruido de unas pisadas  
suena de pronto, á sus ecos  
se alzan en pié y vacilantes  
preparan mortal acero.

Del corazon los latidos  
ahogar pretenden soberbios;  
ignoran que es la conciencia  
que está punzándoles dentro.

Más cerca se oyen los pasos,  
más cerca aun; aun más ciertos;  
ambos se miran y en ambos  
se ven miradas de fuego.

—«¿Quién vá?» con fuerza prurumpen  
dos voces á un mismo tiempo.

—«Quien libre el paso ambiciona,»  
contesta una voz de hierro.

Y sin dejar que siguiera  
quien habla con tal imperio,  
sobre él se arrojan ansiosos  
poniendo á sus labios freno.

En vano resiste; en vano  
quiere luchar cuerpo á cuerpo,  
para vencer á traidores  
el más valiente es pequeño.

En torno mira, y no hallando  
quien le proteja sincero,  
en Dios su esperanza pone;  
«¡Socorro!» grita cediendo,

Y al caer en tierra abrumado  
de sus contrarios al peso,  
tras de la piedra se oculta  
lanzando el último esfuerzo.

Allí se agitan dos dagas;  
allí envenena el aliento;  
¡quién sabe si entre las sombras  
le está el Señor protegiendo!

### III

Hermosas galas descubren  
doquier se vuelven los ojos;  
de Carbajal el palacio  
semeja un mundo ilusorio.

Vénse galanes sin cuento  
de cien bellezas en torno,

y en medio á todos, Elvira  
junto á su jóven esposo.

Nunca más lujo ostentara;  
nunca más bellos adornos;  
nunca más gracia en sus sienas  
ni más ventura en su rostro.

Los que á la fiesta concurren,  
con entusiasmo y asombro,  
de un crucifijo un milagro  
comentan de varios modos.

Muchos hallaron señales  
en una piedra, y atónitos  
afirman que los aceros  
hundieron allí su enojo.

«Sí, el desposado les dice,  
»sin fuerzas ya, en mi abandono....  
»de aquella efigie al amparo  
»dejé mi cuerpo afanoso.

»Y solo en mis desventuras;  
»con miserables tan solo,  
»traidoras diestras ví alzarse  
»de la impaciencia en el colmo.

»Toda la sangre á mi frente  
»sentí agolparse de pronto;  
»mi vista al punto nublóse;  
»despues faltóme el apoyo;

»Y en tierra ya, cuando quise  
»rendirme cuenta á mí propio,

»á no encontrarme en el suelo  
»juzgáralo un sueño todo.

»Que el cielo á entrambos perdone  
»igual que yo les perdono,  
»hoy que al placer me convidan  
»los brazos del bien que adoro.

»Mendozas y Carbajales  
»guardaban profundos ódios;  
»mas mueren al enlazarse  
»dos ramas de un mismo tronco.

»De rodillas, caballeros,  
»que indignos fueran mis votos,  
»si antes de abrirse unos brazos  
»no me encontrase con otros.

»¡Socorro! ¡Socorro! á gritos  
»pedí en el trance angustioso.....  
»Quien tiene fé al cielo acude.....  
»¡Gloria al Cristo del Socorro!»

Todos se inclinan; el cielo  
recibe el ruego de todos;  
son lágrimas de ternura  
las que desprenden los ojos.

Tambien Carbajal las vierte;  
mas al rodar por su rostro  
parecen, más que de dicha,  
de algun tormento despojos.

A. B. y C.



ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,

LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,

Carretas, 9.

MADRID: 1872.

IMPRENTA DE JOSÉ NOGUERA Y CASTELLANOS,

Bordadores, 7.



## Jaque al Rey.

(ROMANCE HISTÓRICO.)

(1406).

I

Por su denuedo en las lides,  
 por su fortuna en amores,  
 al gentil Yussuf llamaban  
 flor de galanes y nobles.  
 Era terror de la vega,  
 era orgullo de la córte,  
 y en zambras, cañas y toros,  
 ganaba los corazones.  
 De cristianos caballeros  
 pobló mazmorras y torres,  
 pues sus moros en el campo  
 siempre fueron vencedores.  
 Y el pueblo al ver la grandeza  
 de sus ínclitas acciones,  
 «feliz Granada, decia,  
 cuando por emir te goce.»

Pero cuando más fundados  
 son la fama y los honores,  
 mas pronto envidia despiertan  
 en pechos bajos y torpes.  
 Yussuf tenia un hermano  
 menor en años y en dotes,  
 menos valiente en la lucha,  
 menos dichoso en amores:  
 pero en intrigas experto  
 y en artificios innobles;  
 altanero y ambicioso;  
 y Muhammed era su nombre.

Dividido estaba el reino  
 en enemigas facciones,  
 y de esclarecidas venas  
 la sangre en Granada corre.

Vasto campo de discordias  
era aquel verjel, en donde  
á manos llenas el cielo  
vertió pródigo sus dones.  
Porque tal es la malvada  
triste condicion del hombre,  
que en la tierra siembra espinas  
donde el cielo sembró flores.

Fomenta Muhammed el ódio  
de los sediciosos nobles,  
esperando que sus iras  
su ambicion soberbia colmen.  
Los instiga, los seduce,  
y sus ánimos feroces  
con insidias y promesas  
contra su hermano dispone;  
contra Yussuf generoso  
que heredó trono y honores  
del padre á quien dieron muerte  
desventuras y traiciones.

---

Es la hora en que su manto  
el crepúsculo descoge  
sobre la tierra dormida  
por que en su seno repose,  
y sumida en blando sueño  
galas y brío recobre,  
y olvide penas del día  
en soñadas ilusiones.  
Tan solo turba el descanso  
de la aletargada noche  
el murmullo lastimero  
del Genil que lento corre,  
ó la brisa que vagando  
por los perfumados bosques,  
del naranjo el dulce aroma  
con leves alas recoge.

Silencioso está el alcázar  
y oscuros sus corredores,  
y las guardias vigilantes  
en páttios, puertas y torres.  
En su recóndita alcoba  
sobre blandos almohadones,  
bordados de seda y oro,  
detrás de las gasas dobles  
que discretas y celosas  
la dicha de amor esconden,  
entre los brazos de Zaida  
cual sobre lecho de flores,

de las fatigas del día  
y el bullicio de su córte  
Yussuf tranquilo reposa  
sin recelo de traidores.  
Pero quiere el hado adverso  
que entre dudas y visiones  
la sien que ciñe corona  
de entera dicha no goce.  
En el regio dormitorio  
estruendo de armas y voces  
se levanta de repente,  
y el hondo silencio rompe.  
—«Hasta en sueños, dice el moro,  
»me persiguen los rencores  
»de mis súbditos rebeldes;»  
y aparta los eslabones  
con que amor le tiene asido,  
y desnudando su estoque,  
se arroja del lecho á tiempo  
que en la estancia los piés ponen  
los secuaces de su hermano,  
que respeto no conocen.  
Parando con sus adargas  
del rey los furiosos golpes:  
«Yussuf, ríndete, le gritan;  
»tu ceño altivo descoge,  
»que Muhammed reina en Granada  
»y de prenderte dió orden.»

## II

Cerca de las Alpujarras,  
clavada en la dura roca,  
se levanta Salobreña  
con almenas por corona.  
El sol de la Andalucía  
sus erguidas torres dora  
cuando los primeros rayos  
sobre la montaña arroja;  
y sus muros resplandecen  
como radiante aureola  
cuando cárdeno se pone  
y deja la tierra en sombras.

Aquellas torres y muros  
á Cid Yussuf aprisionan,  
que perdidos para siempre  
libertad y cetro llora.  
Triste estado el de cautivo;  
pero al alma generosa

ni la rinde la desdicha,  
ni los pesares la agobian.  
Era el alcaide Abenámár  
de alma leal aunque tosca,  
endurecida en las luchas  
con las fronterizas hordas.  
El usurpador emir,  
en premio de una victoria  
que alcanzó sobre las huestes  
de los cristianos de Ronda,  
del alcázar y la torre  
de Salobreña famosa  
le hizo alcaide, y de su celo  
fia tan ingrata obra  
cual es la de ser custodio  
de un inocente con honra,  
á quien para ser monarca  
prendas y derecho sobran.

---

Bajo bóvedas de jaspe,  
y entre paredes de aljófár,  
sobre cojines de seda,  
cautivo ilustre reposa  
Yussuf, y en plática triste  
cuenta las pesadas horas  
con el valeroso alcaide,  
que sus desdichas deplora.  
Nada falta á su regalo,  
ni sus doncellas hermosas,  
ni su Zaida, más fragante  
que el aliento de la aurora.  
Solo libertad le falta,  
y sin ella todo sobra,  
las gracias de sus mujeres,  
seda, y perfumes, y joyas.  
Si tender no puede el vuelo,  
siempre es esclava la alondra,  
que al fin entre rejas de oro  
tierno dueño la aprisiona.

---

Es una tarde de estío,  
y en lumbre cálida y roja,  
cruzando el sol por el cielo,  
cielo y tierra abrasa y dora.  
La encorvada palma apenas  
mueve sus lánguidas hojas,  
y de las flores marchitas  
la brisa esencia no roba.

En espacioso aposento  
donde la luz y la sombra  
disputar mudas parecen  
la dicha de estar á solas,  
se vé á Yussuf reclinado  
sobre la pérsica alfombra,  
jugando con el alcaide  
al ajedrez largas horas.  
A su fin iba tocando  
la partida silenciosa.  
Piensa Yussuf en la reina  
si la toma ó no la toma:  
cuando con rostro turbado  
y empolvada la marlota,  
bañada la negra barba  
de sudor en gruesas gotas,  
entra un hombre, se detiene,  
ante el príncipe se postra,  
y al alcaide entrega luego  
con actitud misteriosa  
un rollo de pergamino,  
diciendo: «Lee sin demora.»  
Abenámár á su frente  
lleva el rollo y lo desdobra;  
y al ver Yussuf, quien atento  
observa la escena toda,  
la turbacion que al semblante  
del alcaide luego asoma:  
—«¿Qué te manda el buen Muhammed  
»que te causa tal congoja?  
»¿Trata de mi muerte acaso  
»carta que tanto te asombra?»  
Así pregunta. Abenámár  
le mira con faz ansiosa,  
y sin despegar los lábios  
pone en su diestra la hoja.  
Yussuf la lee, luego exclama  
sin asombro ni zozobra:  
—«Pide tambien mi cabeza.  
»¿No le basta mi corona?  
»Cumple alcaide su mandato:  
»mi cabeza al punto corta:  
»solo por merced te pido,  
»si á su fin mi vida toca,  
»que el seno estrechar me dejes  
»á mi Zaida cariñosa.  
»Así te guarde el profeta,  
»y Alá te dé vida y gloria.»  
Y el arraez le responde:  
—«Ilustre Yussuf, perdona:

»para volver á Granada  
»tasadas tengo las horas.  
»Si no entrego tu cabeza  
»antes que ese sol se ponga,  
»fuerza será que la mia  
»ante el rey Muhammed responda.»  
—«Sea pues, Yussuf replica.  
»Y en tanto que el hierro apronta  
»torvo el verdugo, permite  
»que acabe el juego en buen hora.  
»Siéntate, alcaide, y juguemos,  
»que te amaga una derrota.  
»Bien: jaque al rey con mi torre.  
»Sálvate de él si lo logras.»

Siguieron los dos jugando  
la partida silenciosa.  
El alcaide conmovido,  
con mirada inquieta y hosca,  
no acierta á mover las piezas  
con la mano temblorosa;  
las levanta, las retira;  
y sin tino las coloca.

—«¿Qué haces alcaide? le dice  
»Yussuf en tono de mofa.  
»Defiende bien la partida,  
»quiero ganarla con honra.»

Ya está en la sala el verdugo;  
desnuda su limpia hoja,  
y el arraez impaciente  
á despachar los exhorta.  
Vuélvese Yussuf, y dice

con la sonrisa en la boca:  
—«Un instante más y gano;  
»luego mi cabeza toma.  
»Doy jaque al rey, y ahora mate.  
»Gané, alcaide, la victoria.»

Pero, ¿qué estruendo retumba?  
¿Quién en la sala se arroja?  
¿Cuya es la voz que resuena  
ébria de alegría y ronca?  
Era Tarfe, el fiel amigo,  
que ante el príncipe se prostra,  
diciendo: «Dáme licencia  
»para besarte la orla  
»de tu aljuba, y referirte  
»la noticia salvadora.  
»Vengo, Yussuf, de Granada,  
»volando en mi yegua torda,  
»que es más lijera que el cierzo  
»cuando más airado sopla,  
»para decirte que ciñas  
»nuevamente tu corona,  
»pues por su emir hoy te aclama  
»Granada y la gente mora.  
»Muhammed tu ambicioso hermano  
»bajó al reino de las sombras.»  
—«Alá es grande,» Yussuf dice,  
y humilde la frente dobla.

C. S.



ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,  
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,  
Carretas, 9,

MADRID: 1872.  
IMPRESA DE JOSÉ NOGUERA Y CASTELLANOS,  
Bordadores, 7.



## El Mulato de Murillo.

(ROMANCE TRADICIONAL.)

(1636).

I

En el taller espacioso  
de la morada que habita  
Murillo, el pintor ilustre,  
en la ciudad de Sevilla;  
extrañas exclamaciones  
se oyen y tal gritería  
que nuncio parecen ser  
de una ocurrencia inaudita.  
Y á fé que para el tumulto  
hay razon, pues los artistas  
discípulos de Murillo,  
que á España honraran un día,  
juguete son hace tiempo  
de estupendas maravillas,

Ya Isturiz, en cuyos cuadros  
el amarillo prodiga,  
de la noche á la mañana  
halla variadas las tintas:  
ya Gutierrez, que á la tarde  
cuidadosamente limpia  
su paleta y los pinceles  
sucios los ve al otro día:  
ó Garzon por las mañanas  
de su lienzo en las esquinas  
descubre con gran asombro  
caprichosas figurillas:  
ó Antolinez enmendadas  
las proporciones y líneas  
vé de un San Juan que bosqueja:  
ó Meneses clama y grita

encontrándose borrados  
todos los cuadros que pinta.  
Siempre esto pasa de noche;  
y es lo extraño que vigila  
durante ellas un *mulato*,  
esclavo del gran artista,  
que el asombro de los jóvenes  
nunca de otro modo explica  
que atribuyendo á algun duende  
que invisible se desliza  
en el taller, los portentos  
de que su mente se admira.  
Mas lo que en esta mañana  
tal algazara motiva,  
es que Gutierrez, que ansioso  
el Descendimiento pinta  
de la Virgen, bosquejadas  
encontróse las divinas  
facciones; mas con tal gracia,  
con tan delicadas tintas  
y espresion majestuosa,  
que asombro y respeto inspiran.  
—¿Lo veis?—á sus compañeros,  
lleno de confusion grita;—  
lo que en vano mi pincel  
intentó á la luz del dia  
en las sombras de la noche  
el duende logró.

—¡Me admiras!

dice Garzon ¿Por ventura  
tú en el duende creerías?  
—¿Y quién si no el mismo, Isturiz  
y Antolinez le replican,  
pudiera pintar de noche  
con tal gracia y maestría?  
—Qué se yo... el maestro acaso.  
—¡Capricho en verdad sería!  
Pero él llega, y enterarle  
de lo que ocurre precisa.  
Acudid, señor Murillo,  
mirad. Y al punto la vista  
dirigiendo el gran maestro  
al lienzo que se le indica  
esclama, retrocediendo  
un paso:—¿Esa maravilla  
de quién es obra, decidme?  
¡Qué degradacion de tintas  
tan dulce en esa cabeza!  
¡Qué toques! ¡Qué valentía!  
¡Qué empastado! ¡Y sobre todo

la espresion pura y divina  
de los ojos! Quien bosqueja  
de tal modo podrá un dia  
darnos lecciones. ¿Gutierrez,  
acaso fuiste el artista  
que ejecutó esa cabeza  
que á mi pincel honraría?  
—No señor.

—¿Quién de vosotros  
entonces?... ¡Callais! me admira  
vuestro silencio. Y que un duende  
no la hizo es cosa sencilla.  
Aguardad: pronto sabremos  
la verdad clara y precisa.  
¡Sebastian! grita llamando.  
Y á muy poco ante su vista  
acude humilde un mulato,  
que en la tarea mezquina  
de moler color estaba  
en una pieza contigua.  
—Dí, bribon, en el taller  
no duermes por órden mia  
todas las noches?

—Sí, mi amo.

—¿Y en la pasada vigilia  
no entró aquí nadie?

—Ninguno.

¡Mientes!-- con cólera grita  
Murillo.

—Señor, lo juro  
por mi padre, de rodillas.  
—Pues bien, álzate; mas sabe,  
por si tu pellejo estimas,  
que has de decirme mañana  
quién es el nocturno artista  
que entra en el taller y anoche  
pintó esa Virgen María.  
No repliques. Averígualo  
ó pobres de tus costillas.  
Y saliendo del estudio  
con el rostro ardiendo en ira,  
dejó Murillo al *mulato*  
la vista en el suelo fija  
y comentando el suceso  
á los jóvenes artistas.

## II

Es de noche y una lámpara,  
que arde con incierto brillo,

rasgar á intervalos logra  
la sombra en que está sumido  
el taller del gran artista  
Don Bartolomé Murillo.  
Al fantástico reflejo,  
los sin iguales prodigios  
á que su pincel dió vida,  
toman movimiento y giro.  
Mas la luz avergonzándose  
sobre el cuello alabastrino  
de una Inmaculada, muere  
de sus pupilas al brillo  
y va á besar de sus plantas  
el calzado diamantino,  
las alas rozando humilde  
de algun jugueton espíritu  
á quien dió color la aurora  
y el sol á sus ojos brillo.  
En medio á aquel mar de sombras  
vivientes, derecho y rígido,  
cual maniquí abandonado,  
vése á un jóven, casi un niño  
por cuya faz bronceada,  
entre angustiosos suspiros,  
una lágrima deslízase  
como plomo derretido.  
Es Sebastian.—¡Desdichado  
de mí!—murmura.—El alivio  
que mi esclavitud endulza  
va á faltarme.—¡Qué delito  
cometí para encontrar  
en vez de caricias, grillos  
al nacer, y un ancho campo  
de tormentos infinitos!  
No me amedrenta por cierto  
el prometido castigo,  
mas ser tal vez arrojado  
de esta casa, en que el divino  
arte de mi amo presta  
á mi sufrir lenitivo,  
es una idea que abate  
la entereza de mi espíritu.  
Si confesase.... ¡oh, jamás!  
De ese modo no consigo  
en premio de mi osadía  
sino aumentar el castigo:  
y no tocar los pinceles  
ya mas, es peor martirio.  
¿Qué hacer? Sufrir y callar  
pues que lo quiere el destino.—

Y doblando la cabeza  
queda en su pesar sumido.  
Mas ya el alba en el Oriente  
muestra su semblante tímido  
y con sus blancos cendales  
cubre el firmamento límpido:  
al verla el pobre *mulato*  
lo olvida todo; el castigo,  
su pesar, el porvenir,  
el mundo y hasta sí mismo,  
y dirigiéndose al cuadro  
de Gutierrez; decidido  
toma el pincel, la paleta,  
mezcla colores distintos  
y va á dar un diestro toque  
en los ojos peregrinos  
de la Virgen, cuando siente  
que su pensamiento herido  
por un poder invisible  
el ofrecido castigo  
le recuerda, y el terror  
turba con fuerza su espíritu.  
—¡Oh, no—esclama; imágen para,  
con profundo pesar mio  
acabarte no es posible!  
Mas.... ¡qué idea! ¿mi delito  
perdonarian borrándote?...  
Tal vez.... ¡ánimo! Y ya impío  
coje una brocha animado  
á tan duro sacrificio,  
cuando fijando la vista  
en el semblante divino  
de la Virgen, retrocede  
gritando:—¡Ténte, sacrilego!  
esa cabeza respira,  
tienen vida, luz y brillo  
sus ojos, y de sus lábios  
si no estoy loco, Dios mio,  
siento el hálito escaparse  
de un congojoso suspiro.  
¡No, jamás! Venga en buen hora  
la humillacion, el martirio,  
pero borrarla.... imposible!  
Si tal hiciera, yo mismo  
creeria haberla matado,  
vertido su sangre impío:  
muera yo, que ella en el cielo  
recompensará mi brío!—  
Y asiendo el pincel prosigue  
el cuadro ufano y prolijo

como si el tiempo y las horas  
parado hubiesen su giro,  
y sin notar que á su espalda  
Murillo con sus discípulos  
mudos de asombro, contemplan  
aquel extraño prodigio.

### III

Sin poderse contener  
mas largo tiempo Murillo  
esclama:—Por fin, señores,  
cayó el duende en el garlito.  
Y confuso Sebastian  
al mirarse sorprendido  
ni aun para hablar tiene fuerzas  
disculpando su delito.  
¿Quién es tu maestro?—dícele  
Murillo.

—Vos.

—¡Yo!

—Vos mismo.

—Mas ¿cuando te dí lecciones?

—Las dais á vuestros discípulos  
y me permití escucharlas.

—No las echas en olvido  
á la verdad, Sebastian,  
repone alegre Murillo.

Y ahora—á los demás volviéndose  
¿juzgais que premio ó castigo  
merece este jóven?

—¡Premio!

¡premio!—todos sus discípulos  
esclaman.

—Pues bien, me hallo  
hoy tan contento contigo,

Sebastian, que pronto á darte  
estoy cuanto tu capricho  
ambicione.

—¡Será cierto!

¿Estoy soñando, Dios mio?  
Si me atreviese..... y cayendo  
de hinojos, Señor, os pido  
solamente que á mi padre  
deis la libertad.

—¡Bendito

sea mi patron!—esclama  
el gran maestro—y me admiro  
de mi ventura, pues veo  
que algo mas he conseguido  
que pintar cuadros: logré  
crear un pintor tan digno  
de dar al arte español  
con su pincel honra y brillo,  
que en libertad con su padre  
desde hoy, no como discípulo  
juro tenerle á mi lado,  
sino como á hijo adoptivo.

Y tendiéndole los brazos  
entre llantos y suspiros,  
quedaron Sebastian Gomez  
y el maestro confundidos.

Hé aquí el génio: brota á impulsos  
solo de un soplo divino.  
¡Feliz si el renombre alcanza  
que *el mulato de Murillo!*

F. S.



ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,  
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,  
Carretas, 9,

MADRID: 1872.  
IMPRESA DE JOSÉ NOGUERA Y CASTELLANO  
Bordadores, 7.



## Muerte de Lope de Vega.

(ROMANCE HISTÓRICO.)

I

(27 de Agosto de 1635.)

Hay en la calle de Francos  
 una casita modesta,  
 como la pobreza humilde,  
 como la virtud severa.  
 Pobres balcones adornan  
 la fachada, y en sus rejas  
 se ven las palmas benditas  
 que el Cristianismo recuerdan.  
 Hondo el zaguan, ver permite  
 en la estremidad opuesta  
 un jardin, que ocupar logra  
 mezquina porcion de tierra.  
 Dentro de la casa, triste

silencio angustioso reina,  
 y la multitud se apiña  
 en grupos junto á su puerta.  
 Si quereis saber la causa  
 que allí á la gente congrega,  
 escuchad lo que ésta dice  
 sin misterio ni reserva.

—Lope muere: los doctores  
 no atinan con su dolencia,  
 dice un hidalgo á los muchos  
 que en torno suyo se encuentran.  
 Pronto su cuerpo achacoso  
 dará tributo á la tierra,  
 avara de arrebatarlos  
 á hombre de tan altas prendas.  
 —Con él morirá el teatro:

dióle vida y hoy le deja  
 huérfano de los primores  
 de su inspiración eterna.  
 —¿Pero no queda esperanza?  
 —Ninguna ofrece la ciencia;  
 solo un milagro podría  
 devolverle vida y fuerzas.  
 El mismo pidió el auxilio  
 que la religión nos presta,  
 y ante el notario Morales  
 hizo sus mandas posternas.  
 —El rey mandó por informes,  
 y al saber lo que progresa  
 su enfermedad, preocupado  
 y triste vive por ella.  
 —Guardador de tantas glorias  
 bien hace en llorar su pérdida,  
 que un noble lo hace un monarca,  
 á un pobre en rico se trueca,  
 mas ¿quién si no el mismo cielo  
 formar un génio pudiera?  
 ¡Quién si no el cielo envidioso  
 se lo arrebatara á la tierra?  
 Llámánle *Fenix*, ¡escarnio!  
 pues, en cuanto Lope muera  
 no ha de nacer á la vida  
 Lope que se le parezca!

La plática en otro grupo  
 sobre igual asunto versa;  
 pero en él hablan la envidia  
 y la calumnia grosera.  
 Émulos del que postrado  
 en el lecho, acaso cuenta  
 los segundos que le faltan  
 para dejar la existencia,  
 allí á su antojo destruyen,  
 porque no aguardan defensa,  
 merecimientos tan altos  
 que en su pequeñez les ciegan.  
 —¿Que está enfermo? dice uno:  
 Que se alivie ó que se muera;  
 todos enferman y todos  
 cuando han de morir enferman.  
 ¿Que es familiar? Su familia  
 es muy justo que le sienta.  
 Si hija tiene que le llore,  
 causa gozo á la heredera.  
 ¿Que escribió comedias? Pase.  
 ¿Que no hay quien haga comedias?

Muérase Lope y acaso  
 ganen con ello las letras.  
 Lope intenta, Lope dice,  
 Lope escribe, Lope piensa....  
 Con tanto Lope los necios  
 nos aturden la cabeza.  
 Máximas hay á lo Lope,  
 y hay á lo Lope sentencias,  
 y hay, al estilo del mismo,  
 pages, rodrigones, dueñas;  
 libros que á Lope le imitan,  
 modas que á Lope recuerdan,  
 y escenas de Lope dignas,  
 casas para Lope buenas,  
 frases que de Lope nacen,  
 otras que Lope tolera,  
 versos que espantan á Lope  
 y otros que á Lope sublevan.  
 A Lope se ve en Palacio:  
 en la calle se le encuentra:  
 ¿hay verbena? á buen seguro  
 que allí está Lope de Vega:  
 en el corral no se diga:  
 ¿hay fériás? está en la fériá:  
 ¿entra uno en la iglesia? á Lope  
 ha de encontrarse en la iglesia.....  
 ¿De qué habla Madrid? De Lope:  
 con Lope de fijo sueña  
 y está Lope tan al uso  
 y tanto se le remeda,  
 que si él muere, han de morirse,  
 por imitar su flaqueza  
 los que hoy salud rebotando  
 por San Fermin se pasean!  
 —¡Callad! dice al maldiciente  
 un viejo con voz severa:  
 respetad á un moribundo  
 si algo la envidia respeta.  
 Hombre es Lope, y ya está dicho  
 que tendrá humanas flaquezas,  
 pues perfeccion no se logra  
 mientras se vive en la tierra;  
 pero hombre es que honra á su patria  
 y no se llega á su alteza  
 sin el sombrero en la mano,  
 sin el respeto en la lengua.—  
 Replicárale el primero;  
 pero al ver todos que llega  
 la parroquial comitiva  
 que al hombre le abre las puertas

de lo eterno, preparando  
su triste marcha postrera,  
mancebos, niños y ancianos  
descubrieron su cabeza  
y doblando las rodillas  
cayeron todos en tierra.

Poco despues, circulaba  
una noticia siniestra  
por Madrid: era cadáver  
frey Félix Lope de Vega.

## II

(28 de Agosto de 1635)

No lejos de la de Francos  
la calle de Cantarranas  
muestra de un convento pobre  
severas y tristes tapias;  
su monótono conjunto  
rompen solo unas ventanas  
con enrejados espesos  
que detienen las miradas.  
Habitan el edificio  
las Trinitarias descalzas,  
esposas de Diós, que en vida  
á servirle se consagran.  
Vírgenes que en sus contínuas  
preces al Eterno ensalzan  
y su hermosura sepultan  
y el mundano riesgo apartan.  
¡Cuán pobres son sus paredes!  
Cuanto es pequeña su entrada!  
¡Quién dirá que allí reposa  
la honra mas grande de España!  
¡Quién dirá que aquellos muros  
la sepultura señalan  
del soldado de Lepanto,  
del cobrador de alcabalas,  
del rescatado cautivo,  
del que engrandeció á su patria  
con su nombre, del que tuvo  
por premio de sus hazañas  
una bohardilla en la córte,  
una mazmorra en la Mancha,  
una sepultura humilde  
en las monjas Trinitarias,  
cubierta con poca tierra:  
con mucho llanto regada!

Es el veintiocho de Agosto:  
la muchedumbre apiñada  
por delante del convento  
con curiosidad aguarda.  
Sabe que á Lope se entierra,  
sabe que desde su casa  
á la parroquia, es camino  
la calle de Cantarranas,  
y sabe que aquel convento  
guarda un pedazo del alma  
de Lope, que fué mancebo,  
que fué galan con las damas,  
y que casado dos veces  
y enamorado otras varias,  
hijas tuvo, dos le viven;  
una en el mundo casada;  
otra, á padecer nacida,  
habita en la santa casa  
borrando con sus virtudes  
del nacimiento la mancha.  
Sabe el pueblo que hija y padre  
tanto en la vida se amaban,  
que han pronto de despedirse  
un cuerpo yerto y un alma.  
Diéronse cita á la reja  
de las monjas Trinitarias,  
porque los cielos presidian  
aquella escena de lágrimas.  
Sor Marcela está en su puesto;  
el cadáver mucho tarda:  
solo turban el silencio  
los sonos de las campanas.  
De pronto crece el murmullo  
que en la calle se levanta:  
la inquietud de los semblantes  
pronto ha de verse borrada.  
Llega al fin la comitiva;  
una cruz rompe la marcha:  
en la senda de los cielos  
jamás una cruz nos falta.  
Síguenla el clero, los nobles  
fanáticos de su fama,  
pobres que al piadoso lloran,  
ricos que al amigo ensalzan,  
representantes á miles  
de las órdenes monásticas,  
cofradías, familiares  
del Tribunal de la Santa,  
poetas, cómicos, artistas,  
hidalgos y gentes de armas,

Detrás, en hombros de cuatro,  
 puede verse ya la caja  
 que encierra el cuerpo de Lope  
 abandonado del alma:  
 féretro humilde y sombrío,  
 mísero lecho de tablas  
 en el que, en sueño postrero,  
 el génio español descansa:  
 la luz de la inteligencia  
 que iluminó su mirada,  
 apagóse cual los rayos  
 del sol las nieblas apagan.  
 Llega enfrente del convento:  
 la comitiva se para  
 y un grito ahogado se escucha  
 tras la reja solitaria.  
 Despues, rumor de sollozos  
 y acompasadas plegarias,  
 suspiros que arranca el pecho  
 y ecos que brotan del alma.  
 Ruidos ténues que responden  
 á aquella escena de lágrimas:  
 que dos corazones ligan  
 lo que la muerte desata;  
 rumores imperceptibles  
 como el beso de dos almas.

Ya sigue la comitiva;  
 ya la confusion se calma  
 y se retiran las gentes  
 de las calles á las casas.  
 Apáganse los rumores,  
 cesan á poco las pláticas  
 y la poblacion recobra  
 pronto su vida ordinaria.  
 Ya el cuerpo inerte de Lope  
 en la bóveda descansa  
 de la parroquia, y el clero  
 con sus rezos le acompaña.  
 Ya marcha la comitiva

con direcciones contrarias,  
 hablando de las virtudes  
 del que ha cambiado de patria;  
 del que estrecho juzgó el mundo  
 para contener su fama  
 y en busca de gloria al cielo  
 logró remontar el ánima.  
 Pero, al dejarle ya en tierra  
 de cuantos le acompañaban  
 ¿quién consagrará un recuerdo  
 á la escena bosquejada?  
 ¿quién piensa en la pobre niña  
 de las monjas Trinitarias?  
 Y aquella niña, entretanto  
 que se pregona la fama  
 del *Fénix de los ingenios*,  
 honra de la escena pátria,  
 y se cuentan sus comedias  
 y sus primores se ensalzan  
 tejiendo al poeta difunto  
 su inmarcesible guirnalda,  
 delante de un crucifijo  
 mezcla oraciones y lágrimas:  
 sabe que el muerto es su padre,  
 sabe que es hija, y le basta;  
 que fué pecador, y que ella  
 en su celda solitaria  
 con el fervor de sus rezos  
 puede acompañar su alma!

Lo que ignora sor Marcela,  
 lo que ignora toda España,  
 es que Lope en ella vive,  
 y que en sus postreras ansias  
 el *Fénix*, libre del fuego  
 renace, y posa sus alas  
 en una apartada celda  
 de las monjas Trinitarias.

O. y B.



ES PROPIEDAD.



## El Laurel de La Zubia.

(ROMANCE HISTÓRICO.)

(1491.)

Alegre la primavera  
juguetea con las auras  
sobre un ambiente de aromas  
de la vega de Granada.  
Alrededor de sus muros  
flores mil la vega esmaltan,  
que el cielo formó piadoso  
tal diadema á tal sultana.  
Ayer eran sus vergeles  
nido de amor y de calma,  
hoy alfombra, do la guerra  
con sangre su huella marca.  
Por una empinada cima  
de las sierras comarcanas

donde podian tan solo  
llegar volando las águilas,  
subiendo del campamento  
aguerrida hueste marcha  
con tal lujo que se duda  
si es á fiesta ó á batalla;  
tal brillan sus atavíos  
que vistos desde la Alhambra  
forman en torcida senda  
una serpiente de plata.  
«¿Dónde van? La Zubia sola  
está en la cima situada,  
y es poca aldea la Zubia  
para pensar en tomarla.»  
Esto en Granada se dice  
y nadie sabe la causa